

## REVISION DE LIBROS

### Los hijos tiranos. El síndrome del emperador

Vicente Garrido Genovés (2005)

Barcelona: Ariel, 185 páginas

En los últimos años, la proliferación de comportamientos agresivos y violentos en los diversos ámbitos de la vida, ya sea a nivel familiar, escolar o social, ha provocado un aumento de la preocupación social, y con ello, una reflexión acerca del porqué de este fenómeno. Hemos oído hablar de la delincuencia juvenil, del acoso escolar, de la violencia familiar, dentro de la cual puede destacar el maltrato de género (generalmente hacia la mujer), o el maltrato de padres a hijos, pero quizá, nos resulte aquí un terreno novedoso el caso contrario de esto último, es decir, malos tratos, conductas agresivas de los hijos hacia sus padres. Sin embargo, esto no es así, si bien su ocurrencia se ha incrementado notablemente en los últimos años.

Este libro, *Los hijos tiranos*, trata precisamente de ello. Su autor, Vicente Garrido, especialista en la conducta violenta y psicopática, nos ofrece un panorama pormenorizado acerca de aquellos niños y adolescentes que ocasionan tratos vejatorios hacia sus progenitores, ejemplificando con casos reales que a la mayoría nos cuesta entender, e intentando dar respuesta a todas las incógnitas que surgen a raíz de la cuestión, es decir, a las posibles razones que pueden llevar al niño o adolescente a adquirir este comportamiento.

Antes de llegar al concepto de tiranía, objetivo central de esta obra, el autor retrata el significado de algunos conceptos antropológicos que pueden explicar el desarrollo posterior de ciertas conductas en las personas. Conceptos como el altruismo, egoísmo, egocentrismo, sentido moral, racionalidad, razón práctica, vulnerabilidad o dependencia, son claves a la hora de comprender cualquier comportamiento que surja en determinados momentos de la vida. No hay que olvidar tampoco otras nociones como conciencia y razonamiento moral, cuyo desarrollo en el ser humano es fundamental en la adquisición de pautas conductuales.

El concepto de conciencia cobra especial importancia y resulta relevante para comprender las consecuencias de su ausencia, que incluiría un trastorno antisocial de la personalidad caracterizado por la dominación, manipulación y explotación de los demás, aunque al mismo tiempo esto no implica incapacidad de distinguir entre lo que está bien y lo que está mal. Es lo que se conoce como *psicopatía*. Las características básicas que podemos destacar entre los psicópatas pueden ser un encanto (engañoso, claro está) para conseguir ciertos fines, incapaces de percibir y, por tanto, de sentir ciertas emociones afectivas, con lo cual tampoco la pueden manifestar hacia los demás y, por lo tanto, no pueden relacionarse sincera y genuinamente con nadie. Todo lo contrario, su relación con

los otros consiste en un trato explotador y amenazante, humillante y maltratador, irresponsables y mentirosos, auténticos tiranos.

Si nos atenemos a las cifras, que nos ofrece el autor, nos encontramos con que en nuestro país la prevalencia del trastorno psicopático se sitúa entre uno y dos millones, siendo mayor entre los varones. Hace su aparición en la infancia, comprendiendo su punto más álgido en la adolescencia y adultez más temprana.

No obstante, antes de continuar con la explicación de este fenómeno, se ha hecho referencia ya en el primer capítulo de este libro a la responsabilidad de los padres del desarrollo de sus hijos de comportamientos violentos e indeseables contra ellos. Resumiendo brevemente, el autor destaca seis posibles causas que pueden desencadenar el comportamiento violento de los niños hacia sus padres:

- La pretensión de satisfacer los deseos de forma inmediata y sin restricciones, debido al desarrollo de una sociedad que ha conllevado con ello mayores comodidades en el estilo de vida.
- Trata de «vivir muy deprisa», sin responsabilidades y obteniendo las metas a cualquier precio.
- El retraso de los jóvenes de hoy día en la adopción de roles de responsabilidad. Retraso apoyado por los adultos, ya que su deseo de formación cultural para adaptarse a las exigencias de la sociedad es mayor.
- El mercado laboral, más inseguro por una parte, añade más presión a los padres, inseguridad que años atrás no existía. Y con ello, la exigencia de renovarse para poder conservar el puesto.
- Los roles de ambos padres tienden a confundirse, de manera que en diversas ocasiones, y más aún si existe ruptura matrimonial, la madre se lleva todo el peso de la responsabilidad, de compaginar su trabajo con el cuidado y la educación de sus hijos.
- Por último, se ha desatendido la formación de la conciencia, de la responsabilidad y del código moral para saber lo que está bien, o se puede hacer y lo que no.

Si analizamos, por otra parte, el nivel de competencia de los padres, y lo relacionamos con los rasgos conductuales de sus hijos, para explicar el comportamiento de estos últimos, el autor establece un esquema básico sobre cuatro posibilidades:

- Padres incompetentes con hijos de carácter difícil. El resultado puede ser la delincuencia y la vida antisocial.
- Padre competentes (o buenos educadores) e hijos dóciles y asequibles. Sin problemas.
- Padres incompetentes con niños fáciles. Surge la necesidad de ayudar a los padres a adquirir técnicas educativas mediante determinados programas de intervención.
- Padres competentes con niños difíciles. La ayuda debe dirigirse hacia los menores, mediante programas tutelados por los servicios de salud especializados.

Cuando hablamos de las causas de la psicopatía se tiende a referir dos componentes que actúan de desencadenantes de la misma. Por un lado, un componente genético hereditario, diferente en cada persona, y, por otro lado, un componente ambiental. Dentro de este último, el entorno familiar que rodea al ser humano cobra un rol significativo en la adquisición de diferentes patrones de conducta, y muy especialmente de las conductas violentas. Concretamente, en el ámbito familiar, es importante el apego y el vínculo emocional entre el niño y su madre, ya que parece que la privación de estos factores facilita la aparición de una personalidad insensible, propia de aquellos individuos que no tienen conciencia. De hecho, el trastorno psicopático y el de desapego emocional coinciden en la impulsividad de las acciones y las emociones frías, así como la violencia hacia los demás y hacia la propiedad. Por el contrario, las diferencias radican en que los sujetos que padecieron el desapego emocional suelen ser aislados, poco atractivos a los demás, sin pretensiones de alcanzar una meta definida, de manera que este desapego emocional es la causa del trastorno que expresan. De igual forma, un ambiente familiar, donde se hace difícil la educación de los hijos, así como otros entornos donde sean habituales las formas violentas y una limitada atención y escaso cuidado a las emociones morales, originarán todos ellos factores de riesgo en la aparición de comportamientos violentos, y en los casos más graves la consolidación de los trastornos de psicopatía.

Sin embargo, no debemos olvidarnos del factor cultural dentro de este componente ambiental, ya que parece ser que la psicopatía adquiere mayor o menor intensidad según las características de la sociedad del momento. De esta forma, el autor sostiene que las creencias de los adultos de cómo educar a los niños, y de cómo comportarse en la vida laboral y social, cobra especial relevancia para compensar la posible aparición de la psicopatía.

Con ello, es posible enseñar a ponerse en el lugar del otro, es decir, la empatía, desde una perspectiva social. El problema es habernos olvidado no sólo de la conciencia, sino también del sentimiento de culpa, que en la sociedad actual se ha convertido en «algo que ya no se lleva». El doctor Vicente Garrido ofrece una serie de recomendaciones que, a su juicio, ayudarían a evitar el desarrollo de comportamientos violentos, o en casos más extremos de una psicopatía en los jóvenes. Esas recomendaciones incluirían la enseñanza y preparación de los servicios sociales y de protección de menores, evitando recaer la responsabilidad total y absoluta en los padres, que en ocasiones se ven incapaces de afrontar esta situación, se ven dominados; los poderes públicos también pueden ser de gran ayuda.

Con ello, podemos llegar a definir el concepto básico que nos abarca, el de tiranía, «el síndrome del emperador», cuyas características son muy similares a la psicopatía, tendiendo en ocasiones a confundirse, aunque los rasgos que caracterizan a esto último son más temibles y preocupantes. El síndrome del emperador es definido, de esta manera, como una *profunda ausencia de conciencia y un comportamiento orientado a explotar y abusar de sus progenitores*. El perfil característico de un joven que es denominado con el síndrome del emperador, pues, es aquel varón (aunque a veces también mujer), de clase no marginal (aunque esto no significa que no puedan proceder de familia humilde), que abusa de sus padres para obtener metas que él ansía, ya sea mediante amenazas explícitas u ocultas, o también puede hacer caso de una violencia verbal explícita como insultos y humillaciones, o una violencia física para lograr su objetivo. Posteriormente, en el caso del psicópata, cuando observa que puede controlar la situación, su conduc-

ta se origina más por el placer que le provoca esta situación de dominio. Así, podemos clasificar el síndrome del emperador en dos grupos: por un lado, aquellos niños que tienen atributos afines a la psicopatía o personalidad antisocial, y aquellos otros que son de carácter problemático, difíciles de educar y cuyos padres no son muy competentes en su educación, contando a veces con el cuidado exclusivo de la madre.

El autor también establece distinciones entre el síndrome del emperador y otros conceptos que pudieran estar relacionados, y que definiremos de una forma muy breve.

En primer lugar, el autor matiza la diferencia (o semejanza) entre emperadores y delincuentes. Es decir, las características de emperador no implica ser un delincuente entendido en el sentido general del término, en su forma común, y viceversa; generalmente, los delincuentes no se definen por el maltrato a sus padres, si bien, esto no significa que la relación entre ellos no sea conflictiva, y las desavenencias frecuentes.

Otra distinción es la del delincuente que ya desarrolla una personalidad antisocial o psicopatía, ya más difícil de reinsertar, y que es el típico individuo que abandona el hogar paterno tempranamente, debido a que sus rasgos violentos le exigen salir al mundo exterior para demostrarse o verificar sus aptitudes. Bien es verdad que muchos de los padres (especialmente el padre) de estos delincuentes también poseen estas cualidades, con lo cual la situación es equilibrada.

El libro también distingue (distinción creemos, importante) entre aquellos que padecen el síndrome del emperador y el violento que arremete contra su familia —suelen ser casos de personas con enfermedades mentales o trastornos adictivos.

Dentro de los casos más graves del síndrome del emperador, la psicopatía, podemos establecer también alguna clasificación. Así, el psicópata que también es delincuente suele necesitar vivir sensaciones excitantes, y con falta de temor al riesgo. Otra variante del psicópata son los que ponen de manifiesto una falta de ganas por aprender y trabajar, al mismo tiempo que suelen aborrecer a los que sobresalen.

Vicente Garrido utiliza el posicionamiento de Millon para describir al psicópata envidioso como alguien que pretende destruir a los que le rodean, debido a que estas personas poseen cualidades positivas y atractivas de las que él carece y, por tanto, que tampoco puedan gozar de esos privilegios. Igualmente destaca el sujeto narcisista, capaz de sentir con la misma energía que los demás la mayor parte de las emociones; sin embargo, lo que no ostenta es la capacidad de entender lo que los demás sienten, es decir, ausencia de empatía, y no de conciencia —otra diferencia con el psicópata es que este último no sufre ni busca ayuda, a pesar de encontrarse aislado, cosa que sí hace el sujeto narcisista.

El autor expone de forma acertada un esquema de las características del síndrome del emperador, características que parten de una base central inicial. Esta base, de la cual partirán los demás rasgos, es la falta de conciencia y la escasez de juicio moral, junto con la incapacidad de establecer vínculos afectivos. Según sea su intensidad variará el grado en que se manifiesten los demás. Estas características son: violencia y explotación; irresponsabilidad y vagancia; delincuencia y drogadicción; temeridad, impulsividad y búsqueda de riesgos; encanto y seducción; mentiras y manipulación.

Por otro lado, el autor combina el tema central de esta obra con el caso opuesto, es decir, explica también las características que definen a las personas que tienen una profunda conciencia, y per-

sonas positivas, sujetos comprometidos y de excelencia moral. Señala, al mismo tiempo, la importancia de enseñar a los niños a desarrollar el coraje moral; enseñarles a interrumpir una agresión, no sólo dirigida a ellos, sino también a los demás.

Finalmente, en la obra se proponen unas medidas preventivas y de eliminación de conductas propias del joven que posee el síndrome del emperador, en el caso de que esas conductas hubieran hecho su aparición, para padres y profesionales, y que podrían recapitularse de la siguiente manera:

#### De manera preventiva

- Desde un núcleo central, el papel de los padres es fundamental, con lo cual se les debe apoyar y colaborar con ellos para implementar determinadas pautas. Se debe promover la socialización de los sentimientos morales, emociones, culpa, en definitiva, de la conciencia, tan importante, como se ha dejado entrever a lo largo del libro; al mismo tiempo, hay que esforzarse por generar el máximo vínculo emocional con sus hijos; enseñarles cuáles son los límites de comportamiento de una forma que no deje lugar a dudas y, por supuesto, no dejar nunca en sus manos el poder y la autoridad; con ello, hacerles comprender las consecuencias negativas de sus actos, no sólo en ellos mismos, sino también en los demás (es lo que se llama «moralidad negativa»); hacerles participar o colaborar en actos altruistas, enseñarles a esforzarse, practicando buenos comportamientos morales, al mismo tiempo que se premian las consecuencias de estas conductas positivas.
- Es importante la detección precoz, no solamente a nivel de salud, sino también escolar (y por supuesto familiar). En este punto se debe, por una parte, eliminar dentro de lo posible los malos tratos a los niños, conocedores del riesgo de crear adultos violentos y fracasados, delincuentes y consumidores de drogas; prestar especial cuidado y atención a las madres que se encargan ellas mismas del cuidado y educación de sus hijos, especialmente aquellas madres que han sido maltratadas por sus parejas; y, por supuesto, cuidar la relación entre el padre con signos de psicopatía o personalidad antisocial con sus hijos, sobre todo en casos de separación o divorcio. Respecto a las escuelas, darles responsabilidad en la prevención de la violencia, ya que algunos de los síntomas precoces de la misma pueden manifestarse inicialmente en ella y ser ella un buen lugar para asegurar su desarrollo.

#### Como forma eliminatória

- Una vez que el problema aparece hay que ayudar a los padres en la educación de los hijos que muestran un comportamiento inclinado hacia la violencia y alejado de los sentimientos morales. Igualmente, ayudarles a tomar decisiones respecto al trato de sus hijos según la edad y amenaza de agresión que manifiestan. Hacer lo mismo con las escuelas, es decir, colaborar con ellas para afrontar la situación y evitar la indefensión entre los miembros que lo puedan sufrir.
- Propiciar la formación de unidades de atención especializada dentro del sistema de salud mental infantil, donde haya psicólogos y educadores comunitarios, profesionales que ayuden a los padres, tanto a corto como a largo plazo.

- El rol del Estado de considerar la violencia de los jóvenes y su irresponsabilidad como un problema social que hay que solucionar, a fin de que estos jóvenes puedan contribuir en la sociedad de forma positiva.
- Por último, incentivar o impulsar el sistema de justicia juvenil, que sean capaces de responder a los jóvenes violentos, no únicamente de forma punitiva, sino favoreciendo el que tengan el derecho de asumir y sufrir las consecuencias de su comportamiento.

En suma, esta obra ofrece un excelente compendio de un fenómeno que muchos profesionales que trabajan en el ámbito de la Conducta Violenta desconocen. Consideramos recomendable su lectura para todos aquellos interesados, profesionales o no, no solamente en la conducta psicopática en sí misma, sino también en las diferentes manifestaciones de violencia que se dan en la sociedad en sus distintos niveles. Pensamos que se trata de un libro que nos obliga a recapacitar sobre algo que desgraciadamente ocurre en nuestro entorno, y que en la mayoría de las ocasiones no podemos percibir, lo que hace que resulte difícil la intervención.

Revisado por:

**Carolina Bringas Molleda**

**Fco. Javier Rodríguez Díaz**

*Universidad de Oviedo*

## **Violencia y medios de comunicación. La socialización posmoderna**

Miguel Clemente Díaz (2005)

Madrid: EOS, 281 páginas

Los medios de comunicación forman ya parte de la sociedad contemporánea, constituyendo uno de los principales elementos de socialización de los niños y jóvenes, por detrás de la familia y la escuela. Si entre sus funciones básicas destacan la información, la diversión y el entretenimiento, no es menos cierto que cobra igual o mayor importancia la transmisión de ideas, actitudes, estereotipos y pautas conductuales, que no en pocas ocasiones han generado debates cuestionando su carácter inofensivo en la socialización de nuestros jóvenes. Precisamente, una de las razones de discusión propia de las diversas investigaciones es la violencia que estos medios incluyen en sus contenidos y su posible efecto sobre la conducta de los espectadores.

El autor de este libro, el doctor Miguel Clemente, experto en la materia, ha realizado numerosas investigaciones y escrito diversos libros y artículos sobre la función socializadora de los medios de comunicación y las conductas agresivas de los jóvenes. En esta obra nos ofrece un profundo análisis del significado de los medios de comunicación y su relación e influencia en la sociedad actual, presentando un enfoque descriptivo sobre la posible relación entre estos medios, especialmente la televisión, y comportamientos violentos, extremos en algunos casos, de los jóvenes espectadores. La pregunta que surge siempre es: ¿Son responsables los medios de comunicación de la violencia ejercida por los receptores? Desde luego, no sería sensato atribuir las causas de las conductas violentas

tas exclusivamente a los mismos, pero parece ser que lo favorecen de manera significativa.

El primer capítulo de este libro, y que servirá como preámbulo, comienza con una descripción escalofriante de un caso acontecido no hace mucho tiempo sobre un homicidio familiar cometido por un menor. La explicación a este suceso parecía no existir, y de hecho aún no se ha encontrado respuesta. La cuestión es que en el momento en que el joven asesino, de 14 años decidió planear, y posteriormente llevar a cabo su intención criminal, estaba visionando una película, aparentemente infantil, o al menos apta para el público joven. A partir de ese momento, se argumenta sobre la existencia de una posible relación entre el programa y la acción cometida por el menor, exigiéndose para ello rigurosos análisis de contenido de lo que se emite por las pantallas que ayuden a buscar una explicación coherente acerca de posibles actos cometidos por los adolescentes y su posible asociación con lo que han visionado anteriormente. En este sentido se dan cita numerosos autores que exponen las diferencias entre realidad y ficción, rasgos distintivos de los propios programas, el contexto social y cultural de los receptores, posibles semejanzas y diferencias entre lo que ocurre en la pantalla y la vida real de los espectadores, todo ello para tratar de resolver la difícil incógnita del porqué del cometido de ciertos actos aberrantes, como los que se explican al comienzo de este libro. No obstante, el autor de la obra también ahonda en la necesidad de un importante análisis exhaustivo de la vida y características tanto personales como sociales del propio joven. Todo ello, en su conjunto, puede ayudarnos a comprender la actividad socializadora de los medios.

Después de esta breve introducción (que incluye una descripción del programa que el menor estaba viendo), y que comprende el objetivo clave de esta obra, se da paso, en el segundo capítulo del libro, a tratar de delimitar el concepto de medios de comunicación de masas, concepto de difícil definición, debido a sus diversas connotaciones. En cualquier caso, una breve citación de sus diversas funciones ayuda a comprender su significado:

- La transmisión de información de cualquier clase, el entretenimiento y la diversión.
- Algo que siempre debemos tener en cuenta es destacar su función económica, política y cultural, transmitiendo ciertas actitudes, normas u opiniones.
- Relacionado con ello, la cohesión social. El autor se refiere con ello a la transformación y desarrollo a través del tiempo de la idea de la persona y su función dentro del grupo social, así como el papel de la comunicación social.
- Satisfacción de demandas culturales, es decir, suministro de determinados productos culturales.
- Legitimación positiva de personas, acontecimientos o ideas, mostrándolos mediante el medio, con lo cual aquello que no es expuesto parece no existir, o simplemente se olvida.
- Y quizá la función más importante, la mediación, o lo que es lo mismo: conocer el mundo, la realidad a través de los medios de comunicación. La mediación actúa de manera que los medios nos muestran el mundo, con sucesos y experiencias, guiándonos por aquellos caminos que ellos mismos eligen, ocultándonos o falseando lo que no interesa descubrir. Del mismo modo, abre la posibilidad de una participación activa con la audiencia.

No hay que olvidar, en esta parte de la obra, un aspecto importante. Nos estamos refiriendo a la publicidad, este elemento que

funciona como motor mediático, ya que de ella depende económicamente el mantenimiento de los 'mass media', guiando al consumismo de la audiencia. La importancia de la publicidad se hace patente en la selección de programas y contenidos emitidos para poder insertar en ellos sus anuncios, que a su vez van a convertirse en elementos fundamentales de la imagen televisiva. De nuevo aquí, el autor vuelve a mencionar al protagonista de la historia relatada al comienzo para verificar la relación con un probable afán consumista, o con un sentimiento de frustración producto de no conseguir el objeto de consumo, buscando en ello una posible respuesta al porqué de su comportamiento.

En el capítulo 3 se aborda la distinción entre imitación y reproducción para tratar de esclarecer la conexión entre un determinado contenido o argumento televisivo y una posible manifestación conductual posterior. Así, se define la imitación como un proceso inconsciente, en el cual la persona realiza una acción sin saber que está imitando. En cambio, la reproducción ya forma parte de un proceso consciente, en el que realizamos determinadas conductas que sabemos son ejecutadas por otros. Esta distinción resulta relevante para comprender otro caso que nos relata en este libro, tan impresionante, o quizás aún más que el primero. Se trata de una acción suicida cometida por un adolescente, éste de 15 años de edad, en su intento de seguir los acontecimientos que conmocionaron al mundo el 11-S, imitando, o mejor dicho, después de describir las diferencias, reproduciendo prácticamente el mismo hecho que los medios de comunicación, especialmente la televisión, relataron aquellos días, ofreciéndonos repetidamente las imágenes que corroboraban aquellas acciones. Ello nos lleva nuevamente a reflexionar cómo las imágenes mediáticas conducen a algunos espectadores a reproducir lo que ven, y a otros a imitar (inconscientemente, como ya se ha referido), haciendo suyas las razones o motivos por el que actúan de ese modo.

Los capítulos 4 y 5 están dedicados a dos cuestiones clave para el argumento central de esta obra. Por un lado, al concepto de posmodernidad, como parte de la sociedad de consumo, en su forma cultural, describiendo sus características mediante una recopilación basada en diferentes autores. Dichas características socializadoras, por mencionarlas, son:

- Pluralismo y diferencia, esto es, segmentación de información
- Relativismo. Se pierde el sentido de la experiencia histórica para dar paso a un concepto de presente, que a través de los medios de comunicación nos sitúa en un nivel de modernidad y de lo simultáneo.
- Individualismo y narcisismo. Adquiere carácter relevante la personalidad de cada uno, sus actitudes, creencias o sentimientos. También la libertad personal, la sinceridad, el hedonismo, la conformidad del grupo social en lo referente a ideas comunes, al mismo tiempo que se respetan las diferencias.
- Un nuevo nihilismo. Todo aquello que aparentemente deja de funcionar como principio necesario y sutil sigue desempeñando su misión.

Por otra parte, dedican también buena parte de su contenido a la propia idea de consumo, la libertad de elección del consumidor, realizando un amplio análisis en profundidad de los valores del mismo. Para ello indaga en variados conceptos como personalidad, la distinción entre verdad y mentira, o las falsas memorias.

De esta forma, podemos sintetizar cuáles son básicamente los valores posmodernos, propios de la sociedad de consumo:

- El deseo por las novedades. Se destaca el concepto de ‘neofilia’, caracterizado por la oposición o rechazo a lo que es viejo, lo que implica antigüedad, que corresponde a épocas pasadas, para dar lugar a lo nuevo, o lo mejorado sin necesidad de cambiar la forma de lo que ya existía anteriormente.
- El hedonismo (placer de disponer de lo que deseamos) y el presentismo (idea de presente como momento de vivencias de cualquier tiempo pasado y futuro).
- Estética. Creación de objetos de consumo acordes con estilos de vida.
- Tecnología y poder. Entendida como tecnología de consumo, incorpora como novedad nuevas formas de presentación tecnológica de los objetos, consecuencia del progreso y del poder.
- Exaltación del yo. El motor del consumo tiene su base en las necesidades tanto biológicas como psicológicas de cada uno, convirtiéndose así en algo personal, de uno mismo.
- La capacidad de adquisición de los objetos deseados. Disponer de los productos de consumo mediante el gasto destinado a los mismos, en clara oposición al ahorro, que no es bien aceptado dentro de la sociedad posmoderna.

Como ejemplo, y para tratar de comprender el concepto de posmodernidad y sus valores, relacionado con lo que nos ofrecen los medios de comunicación, el autor, en el capítulo 6, nos refiere otro relato, tan actual como los anteriores: en este caso es un acto cometido contra uno mismo, como consecuencia del acoso sufrido por parte de los otros. Nos referimos al suicidio consumado por un adolescente (al igual que en los dos casos anteriores), de apenas 15 años, como resultado de una decadencia emocional producto del acoso escolar, tratándose de agresiones tanto físicas como verbales y psicológicas que le propinaban sus propios compañeros de la escuela. La forma de acabar con su vida, que el joven planeó, llevó implícita el poder socializador que sobre él ejercían los medios de comunicación y la sociedad posmoderna. Consiguientemente, esto nos lleva a analizar cómo los valores actuales que nos ofrece la televisión, la visión del mundo que tenemos a su través, influye considerablemente en ciertas conductas, que en determinados momentos, y considerando las circunstancias (acertadas o no) que inducen a realizarlas, se adopta la decisión de perpetrar.

Por último, el capítulo 7 es un repaso a toda la obra, haciendo especial hincapié en el poder socializador de los medios, refiriéndose básicamente a la televisión, su posición con respecto a otras instancias socializadoras, como las ya conocidas familia y escuela, la transmisión de imágenes, valores, modelos y símbolos a los jóvenes, o los efectos que produce en ellos. No hay que olvidar la función socializadora de la publicidad, como favorecer el consumo, o la formación y establecimiento de un imaginario social y de valores. Los valores que atañen a los jóvenes de hoy son:

- El consumismo o poder disponer de los objetos que desean.
- La rebeldía, considerada hoy día como conciliadora. Consecución de bienes y disfrute de los mismos.
- La libertad, y consiguientemente la autonomía: el rechazo a la norma exterior.
- El presentismo. Escepticismo hacia el futuro y bajas expectativas.

Finalmente, la obra ofrece unas breves líneas a otro elemento socializador: Internet, medio que va cobrando cada vez mayor fuerza y relevancia, favoreciendo el contacto virtual interpersonal, y que a nuestro juicio tiene el inconveniente de dificultar las relaciones sociales reales y el contacto físico. De este medio se derivan nuevas formas de comportamiento indeseables, aunque afortunadamente no es lo más abundante y se espera disminuya su frecuencia. Nos referimos al ‘otakuismo’, esto es, el deseo de mantenerse siempre joven y eludir las responsabilidades adultas; y los pactos por Internet, es decir, la formación de grupos sociales en red que en ocasiones actúan con consecuencias desastrosas, tales como suicidios colectivos, u otro tipo de conductas igualmente indeseables.

En definitiva, aunque todavía estamos lejos de poder responder sobre los motivos que pueden llevar a algunos adolescentes a realizar ciertas conductas, en particular asociadas a la visionado o utilizado en los medios de comunicación, disponemos en este volumen de un enfoque representativo que ayuda a observar y examinar las funciones socializadoras de los medios, así como su posible responsabilidad en los cometidos de los jóvenes. Se enfatiza un aspecto quizá novedoso como es el significado de la sociedad de consumo o los valores posmodernos, que parece útil para comprender comportamientos protagonizados por adolescentes, alrededor de los cuales se estructura de forma coherente la exposición argumental de esta obra. Este libro nos ofrece una reflexión, a la vez que invita al lector a la meditación para que él mismo pueda establecer sus propias conclusiones.

Revisado por:

**Carolina Bringas Molleda**

**Fco. Javier Rodríguez Díaz**

---

## **What is intelligence? Beyond the Flynn effect**

James R. Flynn (2007)

Cambridge University Press

Desde hace ahora casi 25 años, los científicos vienen preguntándose qué causa el hecho de que las generaciones recientes logren mayores puntuaciones que las pasadas en los tests de CI. En promedio, el incremento se ha producido a un ritmo de 3 puntos de CI por década, es decir, 0,3 puntos de CI por año. Fue James Flynn quien estimuló esta investigación con su famoso artículo publicado en 1984 en *Psychological Bulletin* (Flynn, 1984).

Se han lanzado respuestas dispares. La nutrición y los cuidados sanitarios o las mejoras en la estimulación cognitiva (educación, medios de comunicación, etc.) han sido las dos principales hipótesis de quienes han mantenido que las ganancias son genuinas. Las evidencias empíricas disponibles son consistentes con ambas. Todos ganan.

Sin embargo, algunos han cuestionado la realidad de las ganancias. Sí, admiten, hay un incremento de puntuación en algunos tests de inteligencia, pero el aumento no es el esperable si supusieran un aumento *real* de inteligencia. ¿Por qué? Porque la mejora no se produce de modo consistente con el ordenamiento de esos

tests según su calidad como medidas de inteligencia. En términos técnicos, los tests con mayor peso en el factor general de inteligencia ( $g$ ) no son los que han respondido mejor a la ganancia generacional. Mientras que esta regla se aplica a la predicción del rendimiento académico o laboral, es decir, que los tests con mayor peso en  $g$  predicen mejor las diferencias académicas o laborales, no sucede lo mismo con las ganancias generacionales. Por tanto, la mejora debe concentrarse en parámetros específicos de las medidas de inteligencia, no en el *constructo* de interés.

El propio Flynn se vio influido por esta argumentación hasta cristalizar un modelo matemático que le hizo superar la camisa de fuerza de la pura argumentación psicométrica. ¿Cuál es ese modelo? Es el *modelo de Dickens-Flynn* publicado en 2001 en *Psychological Review* (Dickens y Flynn 2001). Según ese modelo, la inteligencia humana puede comportarse tanto como demuestran las pruebas psicométricas como con las ganancias generacionales de inteligencia. ¿Qué significa esto? Significa que si se evalúa a una muestra representativa de la población con el Wechsler aparecerá un potente factor general ( $g$ ) que dará cuenta de más de un 50% de las diferencias individuales en el test y de un 80% de la varianza común a las dimensiones psicológicas que explican esas diferencias. Es decir, la persona con altas puntuaciones en la prueba de vocabulario tiende a presentar una alta puntuación en el resto de las pruebas. Y la persona con bajas puntuaciones en la prueba de vocabulario tiende a presentar una baja puntuación en el resto de las pruebas. En este fenómeno empírico reside la relevancia conceptual del factor  $g$ .

Sin embargo, en distintas generaciones, las pruebas del Wechsler se comportan de un modo dramáticamente diferente. Mientras que las ganancias generacionales en *Semejanzas* son enormes, en *Información* son magras. Ambas pruebas presentan un peso similar en el factor  $g$ , por lo que la discrepancia en la ganancia es incongruente con la evidencia psicométrica que predice que *Semejanzas* e *Información* deberían experimentar un incremento generacional equivalente.

En *Beyond the Flynn effect*, el autor ofrece una explicación clara y contundente: la discrepancia se debe a que la sociedad no actúa igual que el análisis factorial en el que se basa el factor  $g$ . Flynn hace una analogía con el deporte para hacerse entender. Si sometemos a un análisis factorial las 10 pruebas de un decatlón, obtendremos un poderoso factor  $g$ , así como factores específicos tales como velocidad, suspensión y fuerza. En un determinado momento y lugar, el rendimiento en las 10 pruebas estará intensamente correlacionado, de modo que el atleta superior en una de ellas tenderá a serlo en las otras nueve. Además, cada prueba presentará un peso en  $g$ . Por ejemplo, los 100 metros pesarán más en  $g$  que los 1.500 metros. Ese factor  $g$  será útil para predecir las diferencias de rendimiento deportivo entre los atletas de la misma generación. Sin embargo, si usamos ese  $g$  para predecir los cambios en distintas generaciones, fracasaremos porque ese  $g$  no puede discriminar los eventos según su *relación funcional* en el mundo real.

Supongamos que los 100 metros, el salto de vallas y el salto de altura presentan un peso en  $g$  similar. Un *sprinter* necesita fuerza y velocidad, un saltador de vallas necesita velocidad y suspensión, un saltador de altura necesita suspensión y *timing*. Sin duda, un gran atleta superará al promedio de los atletas en las tres pruebas en un determinado momento y lugar. Sin embargo, en distintas generaciones, las prioridades sociales cambian. La gente puede obsesionarse con los 100 metros, por lo que los atletas se centrarán

en esa prueba, dando lugar a un incremento de una desviación típica en el rendimiento en esa prueba, pero solamente de media desviación en salto de vallas y prácticamente nada en salto de altura. Es decir, las tendencias generacionales no se ajustarían a los pesos relativos de las pruebas deportivas en  $g$ . Por eso, los jóvenes de ahora pueden ser más inteligentes, pero no tener un vocabulario más extenso o más información general que los jóvenes de hace una o dos generaciones.

Igual que las pruebas de un decatlón, las pruebas del Wechsler miden una serie de habilidades cognitivas que pueden comportarse de modo funcionalmente independiente y que responden a los cambios en las prioridades sociales en distintas generaciones. El factor  $g$  es omnipresente solamente cuando se compara individuos en un determinado contexto social estable. Valorar la relevancia de las tendencias generacionales exige *disecionar* la inteligencia humana en factores como la resolución de problemas matemáticos, la interpretación de las grandes obras de la literatura, el abordaje de problemas novedosos, la asimilación de la visión científica del mundo, la perspicacia crítica o la sabiduría.

Desde esta perspectiva, nuestros bisabuelos no fueron discapacitados intelectuales, como sostienen quienes critican la realidad de las ganancias generacionales de inteligencia. Su inteligencia estaba anclada en su realidad social, mientras que nuestra inteligencia está acostumbrada a usar abstracciones, la lógica y el contraste de hipótesis. Desde 1950 nos hemos habituado a superar las reglas aprendidas para resolver problemas novedosos. Usamos con comodidad las categorías de la ciencia y eso influye sobre el rendimiento valorado por los tests de inteligencia. Si preguntásemos a nuestro bisabuelo qué relaciona un gato y un ratón respondería que el primero caza al segundo. Nosotros diríamos que ambos son mamíferos. La primera respuesta puntúa mal en la prueba de *Semejanzas* del Wechsler, mientras que la segunda conlleva la máxima puntuación.

Según Flynn, la *revolución científica* ha liberado a la mente humana del pensamiento concreto. El incremento de la escolarización y la naturaleza de las actividades de ocio han alterado el equilibrio entre pensamiento concreto y abstracto. Nuestras experiencias vitales plantean ahora problemas ausentes en el mundo de nuestros antepasados. En 1900, la mayor parte de los ciudadanos vivían en una época precientífica.

Flynn propone seguidamente una *teoría de la inteligencia* que supere las restricciones de la concepción psicométrica vinculada al factor  $g$ . Pero antes confiesa que no se siente demasiado a gusto al hacerlo, ya que el concepto de  $g$  ha sido extraordinariamente útil para el avance de la comprensión de la inteligencia humana. De hecho, el descubrimiento del fenómeno de las ganancias generacionales sencillamente no hubiera sido posible sin la visión psicométrica de la inteligencia.

Su teoría responde a la pregunta de cuáles son los rasgos que influyen en nuestra capacidad para resolver problemas con contenido cognitivo. Por tanto, deberían de formar parte de esa teoría los siguientes componentes: (1) *agudeza mental*: capacidad para resolver problemas novedosos; (2) *hábitos mentales*: el avance de la ciencia libera del estadio de operaciones concretas propio de las generaciones pasadas; (3) *actitudes*: son la base para la adquisición de hábitos mentales novedosos; (4) *conocimiento e información*: cuanto más se posee, más problemas se pueden abordar; (5) *velocidad para procesar información*: capacidad para resolver problemas con rapidez; y (6) *memoria*: resultado de acceder al conocimiento y la información.

Además de estos rasgos esenciales, la inteligencia es importante a tres niveles: cerebro, diferencias individuales y tendencias sociales. La investigación a esos niveles debería complementarse y fecundarse recíprocamente para comprender la inteligencia humana, en lugar de excluirse mutuamente. Sostiene Flynn que no comprenderemos nuestra inteligencia basándonos únicamente en alguno de esos niveles.

El factor *g* posee una base biológica, pero eso no significa que las distintas capacidades intelectuales no puedan encontrar su propio lugar en el cerebro y que éstas puedan responder de modo independiente a *g*, según las tendencias sociales que pueden fomentar el desarrollo de alguna capacidad en detrimento de otras. Sospecha Flynn, por ejemplo, que el estudio de la velocidad mental, mediante las denominadas «tareas cognitivas elementales» (ECTs), naufragará en su intento de comprender la base biológica de la inteligencia. Además, quienes diseñan las baterías más renombradas de medida de las diferencias individuales de inteligencia se basan en el análisis factorial, pero a nivel social domina la *utilidad social* de las distintas capacidades intelectuales, algo que, como demuestra el fenómeno de las ganancias generacionales, no tiene por qué estar vinculado al análisis factorial. El análisis factorial revela un factor *g* que sugiere una estricta dependencia entre las capacidades, mientras que las tendencias sociales residen en la independencia funcional de esas capacidades.

El libro de Flynn es rico en detalles y sugerencias que, desgraciadamente, no podemos revisar exhaustivamente. Expone, por ejemplo, el modelo de Dickens-Flynn que logra hacer congruente el efecto de los potentes factores genéticos sobre la inteligencia con una explicación ambiental de las ganancias generacionales. También dedica un capítulo a descartar otras explicaciones de las ganancias, como la nutrición, la movilidad social o los efectos del SES, frente a la que él considera *la explicación*: «la ciencia alteró nuestras vidas y liberó nuestras mentes de lo concreto. Esta historia aún no se ha escrito porque, como hijos de nuestro tiempo, no percibimos la distancia que nos separa de nuestros antepasados; la diferencia entre su mundo y el mundo que filtramos a través de la ciencia (...). La gente usa su mente para adaptarse a las demandas de su ambiente social. Mucho antes del siglo XX, la gente necesitaba adecuarse a las necesidades del día a día (...). La riqueza presente después de 1950 supuso que la gente buscara estimulación cognitiva para divertirse. Los padres criaban a un número menor de niños y comenzaron a preocuparse por aportarles un ambiente cognitivamente estimulante. Las escuelas se llenaron de niños y de profesores que se sentían incómodos con el aprendizaje mecánico, y, además, los trabajos se hicieron más complejos exigiendo nuevos hábitos de la mente (...). La industrialización y el aumento de CI han ido de la mano, en un círculo de causación recíproca».

Basándose en esta última tesis, Flynn, en contra de la teoría de Lynn y Vanhanen (Lynn y Vanhanen, 2006; Lynn y Vanhanen,

2002) sostiene que los países en desarrollo verán cómo aumenta su capital humano en las próximas décadas, mejorando, de este modo, su riqueza y bienestar. La industrialización, la invasión del pensamiento científico y el incremento de inteligencia promoverán su desarrollo, del mismo modo que lo han hecho ya en los países desarrollados. Preguntarnos por las causas generacionales de inteligencia nos permite, de este modo, encontrar respuestas a la inquietante pregunta de por qué hay países más y menos ricos.

Antes de terminar esta revisión me gustaría llamar la atención sobre un capítulo en el que Flynn revisa cuáles pueden ser algunas consecuencias prácticas del fenómeno de las ganancias generacionales de inteligencia. Me centraré en las decisiones penales relacionadas con el CI. Si un psicólogo decide que Antonio es penalmente responsable de sus actos delictivos basándose en que posee un CI de 72, es decir, en que es mentalmente competente, y que, por tanto, Antonio supo lo que hizo, es posible que esté contribuyendo a condenar a un inocente. ¿Por qué? Porque: (a) el CI es tan válido como el test aplicado; (b) el test aplicado es tan válido como la muestra de baremación usada; y (c) la puntuación solamente es precisa si se compara a la persona evaluada con una muestra representativa de iguales. Aunque la obsolescencia de los baremos es de dominio público desde 1984, los psicólogos aplicados siguen sin ser sensibles a este fenómeno. Si el psicólogo ha usado los baremos de un test estandarizado 10 años atrás, el CI real de Antonio sería de  $69 (0,3 \times 10 = 3; 72 - 3 = 69)$ , suficiente para no ser condenado. Sin esa corrección, que a muchos puede parecer un simple entretenimiento estadístico, Antonio iría a la cárcel.

En suma, *Beyond the Flynn effect* es un libro excelente que servirá para señalar las indudables limitaciones del estudio actual de la inteligencia. Pero, a diferencia de otros textos publicados con una temática similar, el autor se muestra respetuoso con los esfuerzos hechos hasta el momento presente, a la vez que abre un extraordinario abanico de posibilidades para aumentar nuestro conocimiento sobre ese fascinante atributo de la humanidad.

## Referencias

- Dickens, W., y Flynn, J.R. (2001). «Heritability estimates versus large environmental effects: The IQ paradox resolved». *Psychological Review*, 108, 346-369.
- Flynn, J.R. (1984). «The mean IQ of Americans: Massive gains 1932 to 1978». *Psychological Bulletin*, 95, 29-51.
- Lynn, R., y Vanhanen, S.L. (2006). *IQ and Global Inequality*. Washington, Summit Publishers.
- Lynn, R., y Vanhanen, T. (2002). *IQ and the Wealth of Nations*. Wesport, Praeger.

Revisado por:  
**Roberto Colom**

